

CONMEMORACION  
DEL 12 DE OCTUBRE  
EN COMPOSTELA

1959

CONMEMORACION  
DEL 12 DE OCTUBRE  
EN COMPOSTELA

1959

*Texto del discurso pronunciado,  
el día 12 de Octubre de 1959,  
por el Excmo. Señor Ministro  
de Asuntos Exteriores, D. FER-  
NANDO M.<sup>o</sup> CASTIELLA, en la  
Capilla Real del Hostal de los  
Reyes Católicos de la ciudad de  
Santiago de Compostela, con  
ocasión de la FIESTA DE LA  
HISPANIDAD.*

### **Significación de Compostela**

No por azar estamos aquí. Nuestra venida a Santiago de Compostela tiene un hondo sentido, pues esta ciudad incomparable puede decirnos mucho a americanos y españoles en el día de la Fiesta de la Hispanidad que hoy celebramos fraternalmente.

Santiago, corazón de la Galicia jacobea e ilimitada, es uno de los grandes símbolos de nuestra fe cristiana, de nuestra condición europea y de nuestro ímpetu misionero y trascendente. El "Camino de Santiago", el que se llamó "camino francés", fue la gran calzada de Europa, por la que se mantuvo abierta durante siglos nuestra comunicación espiritual con el Continente al que pertenecemos, mientras luchábamos y convivíamos con el Islam. Y al final de esa ruta, este bellísimo relicario de piedra compostelana, fue y es, por su prodigiosa condensación de creencias y de cultura, el mejor título que justifica nuestra empresa americana, la raíz más pura de nuestro ser histórico, cristiano y europeo, el punto de donde la Fe heredada partió para dar un día el salto sobre el océano y encenderse de nuevo, apostólicamente, en un continente en donde el nombre y la imagen de Santiago se repiten sin cesar, como un eco de las voces peregrinas que aquí sonaron durante siglos.

### **Nuestro emigrante: un español americano**

Pero es Galicia entera, asomada al mar, la que está poseída de una vocación oceánica, de un aire marinero y, por ello, marcada irremisiblemente por un destino americano. Galicia, que no reconoce límites a la aventura y para quien la mar es sólo un camino, mira desde aquí a América y durante siglos se ha ido embarcando, con su Santo Apóstol en el corazón, rumbo a los amados países en donde, a veces, al español se le llama, con cariño, "gallego".

Se clausura ahora el II Congreso de la Emigración española. Esto nos debe hacer pensar en que la corriente de comunicación entre América y todas las regiones de España continúa fluyendo, que el viejo ímpetu no cesa y que en el emigrante que va a poblar las huastecas, las maniguas, los llanos, las pampas, el Ande y las ciudades, está prefigurado el criollo y, en definitiva, el americano; pues él ya, con el simple hecho de irse, se ha convertido un poco en americano. Como este español de América o americano de España es una prenda mutua de nuestra fraternidad permanente, debemos cuidarle y ayudarle todos.

### **Conciencia de unidad ante la nueva época**

El mundo se distiende e inicia otra vez un movimiento de gran desperezo de energías quietas. Nuevos pueblos surgen y los ya maduros se lanzan a la conquista de inéditos espacios de la materia o del espíritu. Nuevos y graves problemas aparecen. Ante esta inquietante coyuntura, los iberoamericanos debemos afrontar esos problemas, así como los nuestros propios con una política realista de mutuo entendimiento y amistad, esa política que, como ha dicho un pensador argentino, "se impone, bajo pena de muerte, a las naciones hispanoamericanas".

Los iberoamericanos formamos una comunidad cuya razón de unidad no sólo se funda en haber heredado uno

de los patrimonios espirituales más egregios de la historia humana sino en el hecho escueto de nuestro colectivo interés actual. O salvamos nuestra personalidad común, por la unidad, o desaparecemos anegados por corrientes más vigorosas en el sonoro torrente de la Historia.

Todo el que ha pensado, con pasión y con hondura, en el futuro de los pueblos de América, desde el gran Bolívar hasta Luis Alberto Herrera o José Vasconcelos —los dos próceres del pensamiento americano cuya reciente muerte nos llena de dolor— ha tenido que coincidir en “el ideal bolivariano de unionismo continental”.

Ahora bien, esta conciencia de unidad sólo puede fundarse en lo hispánico. Lo indio será en algunos países de América un fresco caudal de vida, un orgullo de viejas civilizaciones ilustres, una presencia racial que, por la vía del mestizaje, está dando al elemento blanco nuevos matices humanos de gran personalidad. Pero el indigenismo, como postura, sólo puede llegar a ser un movimiento de tipo nacional, localista y concreto en perjuicio de lo hispánico que es el verdadero denominador común, el supremo vínculo de unidad que estrecha a todos los países que están al sur del Río Grande. ¡Al sur del Río Grande! Con frecuencia caemos todos en esta frase hecha, haciendo frontera de un río que si lo es políticamente no lo es para el recuerdo ni para las cosas del espíritu. ¿Cómo vamos a olvidar la proyección de lo hispánico más al norte del Río Grande cuando los propios norteamericanos, noblemente, no lo hacen? Más allá del río, de Los Angeles a San Agustín, se cruzan viejos caminos, “caminos reales”, en los que el pueblo de los Estados Unidos conserva como una herencia insigne la huella de la sandalia franciscana de Fray Junípero Serra o del ferrado paso heroico de Coronado, De Soto y Ponce de León.

### Comprensión de la Conquista y de la Independencia

Se ha dicho, con razón, que la comunidad espiritual de las naciones hispánicas sería realidad cuando los españoles hiciéramos nuestras las glorias de la emancipación americana y los americanos, a su vez, concibieran el descubrimiento, conquista y civilización españoles como los fundamentos históricos irremplazables de las propias nacionalidades independientes.

Pues bien, entre nosotros —como ha hecho notar Guillermo Lohman y por mi parte he recordado alguna vez— fue ya Menéndez Pelayo el que abrió el camino de la fecunda comprensión española de la gesta de la Independencia de América. Y Miguel de Unamuno, en su ensayo sobre “Don Quijote y Bolívar”, exaltaba la poesía que rezuma la historia de la emancipación hispanoamericana y decía: “deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas”.

Pero llega aún más allá Víctor Andrés Belaunde —elevado hoy, para orgullo de todos los iberoamericanos, a la presidencia de la más alta asamblea mundial— cuando afirma, en su reeditada obra sobre Bolívar, que “la vieja tienda sobre la revolución hispanoamericana está liquidada en honor de la Madre Patria. España fue coautora de nuestra revolución porque de ella heredamos sus Cabildos —unidades de soberanía— y porque la revolución fue obra de nuestra alma nacional, forjada por la cultura hispánica, al darnos lo mejor que ella tenía”.

Sí; nuestros son Bolívar y San Martín, los gloriosos criollos, como vuestros son Cortés y Pizarro. Nuestros son Tepoztlán y el Cuzco como vuestros son Salamanca y El Escorial. Y si la Independencia es, fundamentalmente, obra de españoles de América, cuestión de familia, la conquista es obra de vuestros antepasados directos, vuestros abuelos de España que no más llegar a la tierra de América ya empezaron a pertenecerla y a ser suyos.

### **La fraternidad hispánica y sus formas institucionales**

Hoy puede decirse que la mutua y profunda comprensión entre americanos y españoles es un hecho. E incluso esa unidad fundamental de pensamiento que nos une se traduce ya, por cauces jurídicos, en realizaciones concretas, como los Tratados de Doble Nacionalidad firmados por Chile, Perú y Paraguay con España y esa prometedora idea de la superciudadanía iberoamericana que el ilustre internacionalista colombiano, Jesús M<sup>a</sup> Yepes, propugnó hace ahora un año en la reunión de Institutos de Cultura Hispánica de Bogotá.

España entiende esa unidad fundamental como un vínculo de fraternidad; sin primogenituras ni subordinaciones. Y este lazo que nos une tan parejamente si no nos da título a los españoles para inmiscuirnos en los asuntos internos de los pueblos de Hispanoamérica y Filipinas, sí es título bastante para compartir fraternalmente la más viva, honda y constante preocupación por los destinos de un mundo que se extiende por todo un continente y salta luego al lejano y amado archipiélago magallánico, avanzadilla hispánica en medio del Oriente, allí donde, entre Corregidor y Cavite, se enciende aún la luz de lo español.

### **La Comunidad lusobrasileña. Gratitud española**

Y para dar un completo sentido a la gran anficiónia de los pueblos que tuvieron un común origen peninsular, aquí están Portugal y Brasil entre nosotros. El Portugal oceánico de las "Descobertas", el Portugal americano de Corte Real y Alves Cabral, el gran Portugal del lusiada Camoens que un día resumió tiernamente en una coplilla escrita en español el anhelo ultramarino de todo un pueblo:

"Irme quiero madre  
en una galera  
con mi marinero  
a ser marinera."



Y a su lado el Brasil, el joven y potente Brasil esperanza de América; el Brasil colosal y opulento no ya por las dimensiones de su tierra ni por las riquezas de su suelo, sino por el ímpetu de sus hijos y el vigor de su espíritu nacional. Unidos están ambos pueblos en un vínculo de tradición y de pujante actualidad que da un espléndido futuro a la comunidad lusobrasileña. Su presencia entre nosotros es testimonio de su compenetración con el destino paralelo de los países hispanoamericanos y nos obliga a una sincera y profunda gratitud.

### **La presencia de Norteamérica**

Se halla también entre nosotros la representación de la gran República norteamericana, cuya participación habitual en este acto tiene una significación que nadie puede desconocer. Está personificada en un gran Embajador, particularmente sensible a todo lo español y americano, como no podía menos de suceder en quien tiene un nombre de familia ilustre en la Historia de América.

Queremos expresar aquí, a este propósito, nuestra complacencia, nuestra simpatía y, si fuera posible y necesario, la voluntad de entusiasta colaboración de mi país ante los intentos que últimamente se han producido en pro de la cooperación interamericana.

### **Interamericanismo e ideal hispánico**

España no ve en el movimiento interamericano un instrumento de competición frente a los comunes ideales hispanoamericanos. En la hora en que vivimos —y buen ejemplo de ello es precisamente la posición española entre su condición fundamentalmente europea y su vocación americana— las relaciones entre los pueblos se producen a veces en diferentes planos, sin obedecer a las incompatibilidades y los rígidos exclusivismos del pasado.

Resumiendo palabras de Mario Amadeo, ex Canciller argentino y actual Embajador de su país en las Naciones Unidas, recordemos que es preciso superar el anacronismo de los que, frente a los Estados Unidos, no saben más que o abdicar de su personalidad o levantar el estandarte de la resistencia.

España no puede sino felicitarse por la cooperación y el entendimiento entre todos los países del doble Continente americano, en la medida en que sean beneficiosas para la causa de la paz y el bienestar de los pueblos.

### **“El peso de la púrpura”**

Esa cooperación será perfecta cuando los Estados Unidos se decidan a prestar a Iberoamérica una constante, cuidadosa y eficaz atención. Atención respetuosa a su ser espiritual y a su perfil cultural, de cuya conservación depende el destino de esos pueblos, y atención al hecho —reconocido en la Conferencia de Santiago de Chile— de que el subdesarrollo económico genera en gran parte la inestabilidad política.

La generosidad del pueblo norteamericano, cordialmente agradecida por los españoles, y bien probada en otros Continentes —que yo me permití invocar lealmente hace dos años y recordé también en el pasado—, no podría encontrar mejor empleo que el cooperar con decisión y largueza al fortalecimiento material de esta gran reserva de Occidente que es Iberoamérica, haciendo honor de esta manera, una vez más, a la gran misión histórica que corresponde a los Estados Unidos. Esa misión, majestuosa y grave, que lleva consigo, como el llorado Agustín de Foxá acertó a decir con gran intuición, “el peso de la púrpura”.

### **Fundados motivos de inquietud. La amenaza comunista**

Existen hoy, no es posible desconocerlo, auténticos motivos de inquietud en Iberoamérica; pero es preciso distinguir entre ellos para determinar en qué medida se trata de una subversión provocada desde fuera y en qué proporción se debe a unas aspiraciones íntimas y enteramente justificadas.

No cabe duda de que hay ajenos elementos que conspiran decididamente contra la paz y la prosperidad de las Américas, segura retaguardia de nuestro mundo libre. El fermento comunista, hábilmente agitado por sus agentes portadores, impregna no pocos movimientos que conmueven con frecuencia la vida americana. Pero también es cierto que muchas veces la inquietud nace de insatisfechas peticiones de justicia, de respeto, de adecuada presencia en la vida internacional y, sobre todo, de facilidades para una debida participación en los logros materiales de la civilización de nuestros días.

El Presidente de la República de Chile, Doctor Jorge Alessandri, lo ha hecho notar así en su discurso inaugural de la V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la O. E. A., diciendo que “asistimos a una época en que las aspiraciones de la masa por un mejor bienestar crecen mucho más rápidamente que las posibilidades de desarrollo económico de nuestros países”. En esta misma ocasión de la Conferencia de Cancilleres de Santiago de Chile, el Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, Doctor Horacio Lafer, manifestó que “para comprender mejor la gravedad del problema (que representa el subdesarrollo económico) basta considerar que en 1980 la América latina tendrá una población de cerca de trescientos veinte millones de seres humanos, que clamarán por una existencia digna, libre de miseria, de enfermedad y de ignorancia”.

**Posible y auténtica prueba de una eficaz solidaridad internacional: Sostenimiento colectivo de los precios de las materias primas**

Dentro de este orden de problemas, España sigue con verdadera atención e interés la trayectoria de la economía de los países iberoamericanos y especialmente la evolución de los precios de las materias primas que constituyen su base económica.

España abriga fervorosamente el deseo de que, con el indispensable concurso de las grandes Potencias económicas, y mediante acuerdos internacionales que prueben un auténtico espíritu de solidaridad, se llegue a una estabilidad de los precios de ciertos minerales y productos agrícolas básicos cuyo envilecimiento pone en peligro el desarrollo de economías más débiles y perturba, por ende, la vida política y social.

Creemos que es ésta una aspiración razonable en el grado actual que ha alcanzado la colaboración económica en el mundo. Por nuestra parte, hemos dado ya el ejemplo al sumarnos a algunos Convenios internacionales orientados hacia ese fin, estando dispuestos a apoyar en el futuro cualquier movimiento de esta naturaleza.

**Ortodoxia económica**

Ahora bien, tanto o más que la ayuda exterior han de servir a los pueblos Iberoamericanos para resolver sus problemas —España lo está experimentando con fortuna— una política económica ortodoxa y un serio esfuerzo de cooperación entre los diversos países iberoamericanos, adecuando a la realidad del Nuevo Mundo las formas de colaboración ensayadas con éxito en otras latitudes.

Y puesto que la solución es siempre la unidad, meta difícil, pero que cada día se ve más asequible, resulta im-

prescindible acallar toda discordia entre las naciones de la América hispana; evitar, con firme decisión, cualquier conflicto entre pueblos hermanos.

### **El mutuo respeto y la no intervención**

Por eso, en el orden político, donde el desmedido nacionalismo y el espíritu partidista tanto dividen y debilitan a Iberoamérica, hemos de proclamar y practicar en forma invariable ese gran principio de la Carta de las Naciones Unidas que es la no intervención en los asuntos internos de los otros países.

Creemos que es ésta una idea básica en todo el Derecho Internacional iberoamericano, que ahora más que nunca debe ser escrupulosamente respetada para mantener la paz y la unidad espiritual de las Américas. Hemos de registrar con singular complacencia las reiteradas declaraciones a este propósito de la Conferencia de Cancilleres en Santiago de Chile.

En este mismo plano debemos situar también a la Doctrina Estrada, nacida en Méjico y respetada constantemente por España, cuyos frutos han sido siempre altamente beneficiosos para la convivencia entre nuestros pueblos y cuya práctica, por estar inspirada en el más sano realismo, constituye un instrumento de verdadera coexistencia entre regímenes diferentes y de mutuo respeto entre todas las naciones .

### **Madurez histórica de la América hispana**

Los pueblos de la América hispana han alcanzado ya su madurez histórica, aunque pueda decirse todavía con Zorrilla de San Martín que

“la sonrisa de Dios de que nacieron  
aún palpita en las aguas y en las selvas”.

Nuestra América ha logrado su sazón de universalidad. No es ya un “país de reflejo” como quisiera Hegel; no es el simple espejo de lo europeo, sino su auténtica, fecunda y peculiar continuación.

Se hace por eso necesario en este momento que todos los pueblos Iberoamericanos sacrifiquen lo accesorio y circunstancial que los divide en aras de lo fundamental y permanente que los une. La pacífica convivencia es el primer paso para el trabajo cooperador; y éste, a su vez, constituye premisa indispensable para la progresiva unidad, que dará a Iberoamérica presencia decisiva en el mundo de hoy y de mañana.

### La Conferencia de Quito y el futuro de América

El próximo año ha de celebrarse en Quito la XI Conferencia de la Organización de Estados Americanos. España, desde aquí, adelanta ya su saludo de optimismo y esperanza ante la reunión anunciada. Nada americano puede sernos ajeno y deseamos ardientemente que esa Conferencia sea un paso más en el gran eje de marcha de la cooperación de los países del Continente y, en especial, de la unidad y prosperidad de los pueblos Iberoamericanos, a cuyo logro ofrecería España —si algún día fuese requerida para ello— su esfuerzo mejor y más cordial.

Por ese ideal formulemos un voto. Hagámoslo aquí, en Galicia, que no solamente es la tierra dulce en donde nació la primera lengua poética de la Península, sino también la costa abierta sobre los rumbos de la rosa de los vientos, el **Finis terrae** de Europa en donde España escuchó durante siglos el canto de la sirena atlántica hasta que decidió, hace en este día cuatrocientos sesenta y siete años, convertir el Mar Tenebroso en un mediterráneo occidental, y la trasoñada tierra de la otra orilla en un continente espléndido en donde hoy pueblos hermanos o amigos conservan los nombres españoles desde los glaciares de Alaska a los acantilados de la Tierra del Fuego.